

H. FRANCISCO BAUTISTA HIBERNO

ALTIÍSIMOS son los juicios de la divina Providencia para gobernar á sus escogidos, llevándolos á su bien, que es el fin que de ellos pretende por medios, al parecer humano, muy contrarios, como veremos en el pacientísimo H. Francisco Bautista, que le trujo á la pobreza de espíritu y humildad evangélica por los empleos de la avaricia humana, y de ambicioso mercader le hizo pobre, humilde y perfecto religioso.

Era este siervo de Dios irlandés de nacion, á quien no otro delito más que la codicia desterró de su patria, é hizo surcar mares, empleándose hasta los treinta años de su edad en trato y mercancía.

Era mercader en la India oriental, donde acaudaló hacienda que supo conservar, repartiéndola con los pobres, de los cuales tenia compasion, y en sus necesidades les socorria, principalmente cuando eran tambien de espíritu. Y así, porque entendió que una doncella corria riesgo de ofender á Dios, por no tener su padre dote con que casarla, dió á sus parientes, sin tener conocimiento con ellos, tan gruesa limosna, que pudieron poner en estado á la doncella; pero nuestro Señor se lo dió á él mejor en premio de esta y otras limosnas.

Porque habiendo de hacer un viaje desde la India á las islas Filipinas, tuvo ventura de embarcarse para Manila en un navío en que venian para ella dos Padres de la Compañía portugueses, para pasar desde allí al Maluco. El uno de ellos era el P. Pedro Gomez, varon de grande fervor y espíritu, el cual con haber años que murió, dicen personas fidedignas que está aún su cuerpo entero é incorrupto.

Este Padre, en las pláticas que hacia en la nao, parece le arrojaba saetas al alma, como despues contaba el mismo Francisco, refiriendo su vocacion con mucho agradecimiento á Dios. Porque decia el Padre con grande eficacia y celo: «¡Oh si mi Dios y mi Señor fuese servido que de este sermón saliese alguno convertido, y que mis palabras fuesen dichas para el bien de uno siquiera!»

En correspondencia de esta exterior voz que oia el piadoso mercader, interiormente decia hablando con nuestro Señor: «¡Oh mi Dios, si fuese yo este uno que saliese de aquí convertido, y me volviese de todo corazón á vos!»

Oyóle nuestro Señor, porque en llegando á Manila, dando de mano al si-

glo, y conociendo la poca dura que en sí tienen las mercaderías de esta vida, dejando las que traia de la India y algunos esclavos á nuestro colegio, fué recibido en la Compañía.

En el noviciado puso la mira en quebrantar su natural, que era notablemente colérico; sujetóle de manera, que á pocos dias de religion ya parecia muy flemático, y lo pareció toda la vida. Pudo vencer tanto la naturaleza, la fuerza de la divina gracia; y el suave trato que tuvo con Dios le hizo tenerle apacible con los hombres.

Tenia su conversacion en los cielos, aún entre las ocupaciones humanas, porque fué muy dado á la oracion; su principal cuidado era entregarse á este ejercicio santo, en el cual gastaba muchas horas del dia y de la noche. Veíanle muchas veces el rostro muy encendido y gozoso, como quien no podia disimular los celestiales regalos que el Señor le hacia, y el incendio de amor que habia levantado en su pecho á la presencia de su Dios, el cual le hacia muchas y muy suaves visitas, especialmente cuando estaba en el refitorio sentado á la mesa con los demas.

Veia claramente á Cristo nuestro Redentor, al modo que estuvo en la noche de la Cena con los Apóstoles, si bien alguna vez se escondia, cuando se descuidaba en alguna falta pequeña, la cual no se la notaban los hombres por la grande religion que guardaba, y el conato que ponía para alcanzar la perfeccion; pero aquel Señor que escudriña á Jerusalem con candelas, hallaba falta donde no la discernian los ojos humanos, y, como á los que son sus hijos castiga, así como á tal castigaba blandamente á nuestro Francisco; pero despues tornaba á manifestarle su rostro con que le consolaba.

Con semejantes favores y otras muchas ilustraciones y dones con que el Señor enriquecia su alma, vino á alcanzar una perfecta mortificacion, principalmente en la irascible; porque de un tigre en condicion, se vino á convertir en un manso cordero, conservando en ocasiones muy grandes un sufrimiento increíble y una paz de ángel; y así le ocupó la obediencia en oficios y puestos donde era menester semejante virtud y paciencia.

Cinco años estuvo entre los colegiales del colegio de S. José, que hay en aquella ciudad, y nunca se le notó señal de impaciencia en muchas ocasiones que le dieron; ántes lo sufría todo con grande paz y alegría, con que más le estimaban todos, y querian como merecia su virtud y caridad, la cual no sólo ejercitaba no airándose con otros y padeciendo, pero haciendo el bien que podia; y en el Seminario tenia por devocion dar cada dia de comer á doce pobres en la portería.

Fué despues Procurador del colegio de Manila; y para que su rara mansedumbre se ilustrase con algun ejemplo heróico, permitió Dios (que no da sus

dones á los suyos para que estén ociosos) que viniéndole á hablar una persona de fuera sobre cierto pleito, se dejase llevar tanto de la cólera, viendo la paz con que el Hermano respondía, que olvidando de toda buena cortesía y del respeto debido á un religioso de la Compañía y de tanta virtud como era el Hermano, arremetió á él, y puso en él no sólo las manos, sino los pies, echándole en el suelo, pisándole y acoceándole ignominiosamente; estando á todo esto el Hermano con gran sosiego, muy sufrido y pacífico.

Otra vez de palabra le dieron grande ocasion que se airase y respondiese. Con todo eso el humilde Hermano, violentando su natural, tragó saliva y se reprimió tan fuertemente, que vino á echar sangre por la boca, queriendo ántes que se le pudriese en el cuerpo, que dar lugar á la irascible, que tan conmovida estaba como mostró el efecto, de que quedó notablemente compungido el que dió la causa, y edificados los que se hallaron presentes.

Premiábale Dios tan heróicos actos de paciencia y sufrimiento con grandes consuelos del cielo y divinas visitas, cuyo efecto le duraba en su corazon muchos días: especialmente tres veces, entre otras muchas, se le apareció Cristo Señor nuestro en tres días que habia tenido de particular devocion, representándole con un modo tan alto y extraordinario, que él no sabia declarar, y nunca perdió de la memoria aquel favor.

Estuvo en Antípola algun tiempo, y era notable el amor que le tenían los indios por el que el Hermano les mostraba; de quien cobraron grande estima por un caso milagroso que allí le sucedió. Y fué, que habiéndose emprendido fuego en un barrio del pueblo, y alborotándose todo él, como suele acontecer en estas ocasiones, el fervoroso H. Francisco tomó un Crucifijo en las manos, y con él se fué al incendio, entrándose por donde estaban las llamas más vivas, las cuales se iban apagando por donde pasaba el siervo de Dios. De esta manera cesó todo aquel grande fuego, con tanta admiracion de los que lo vieron y supieron, por tan rara y manifiesta maravilla, que todos decian: «Este Hermano es santo verdaderamente.»

Vivió últimamente en Santa Cruz, donde casi cada día hay pleitos así entre los sangleyes infieles, como entre los españoles que allá pasan. Allí tampoco perdió ni en una sola ocasion la paciencia, ántes, cuando los españoles coléricos le decian baldones, estaba con rostro muy alegre y casi sonriéndose.

Para esto se preparaba cada día el paciente Hermano, y salía bien armado: porque nunca salía de casa, así para hablar con españoles como con sangleyes, que no se encomendase primero á Dios, pidiéndole afectuosamente su divino favor. Con esto ganó muchas almas de los sangleyes infieles para nuestro Señor. Algunos á la hora de la muerte, movidos del ejemplo y exhor-

taciones del bendito Hermano, pidieron el bautismo y murieron cristianos.

Reinaba en él la caridad, que es la reina de todas las virtudes. Era tan compasivo y misericordioso, que parece debia á todos, y que tenia por oficio y obligacion servirlos como esclavo, y así lo hacia.

Fué muy vigilante, no sólo en la hacienda que le pertenecía, sino tambien en que no fuese nuestro Señor ofendido de los que tenia á su cargo, poniéndoles espías y guardándoles los pasos; y así se veía que los domésticos que tenia, siempre eran buenos cristianos.

Todo este celo le nacia del aprecio que tenia de la sangre de Cristo, y estima de la eternidad; de lo cual tuvo una vez una grande ilustracion, semejante á otra que de lo mismo tuvo nuestro P. S. Ignacio. Porque estando á la orilla de un rio considerando la perpetuidad y continuacion de las aguas que corrian, le abrió nuestro Señor los ojos del alma, para ver con ellos la eternidad de la otra vida que siempre ha de durar, con que se aficionó más á ella, y al menosprecio de lo de acá.

Con este concepto de lo eterno, no era mucho que para asegurarlo castigase tanto su cuerpo; tomaba todos los días disciplina muy rigurosa, y algunos dos veces, áun estando muy debilitado y enfermo; y para no ser sentido, dejaba dormir al compañero; pero con todo eso se advertia el rigor de los golpes que se daba en las espaldas, donde casi no tenía sino los huesos.

Era grande su silencio, y su modestia componía á todos; y en su trato que tenia muy encogido, parecia que siempre acababa de salir de oracion, ó que no acertaba á salir de ella.

Era muy amigo de oír muchas Misas y ayudarlas; y pagóle el Señor, cuando murió, esta devocion que siempre tuvo en vida: porque pidió el Hermano á nuestro Señor, que fuese servido Su Majestad de que el día de su muerte fuese á hora de que se le pudiesen decir las Misas de aquel mismo día. Y así fué, porque murió á las cuatro y media de la mañana, y luego se le comenzaron en el colegio de Manila á decir las Misas.

Su muerte fué á los veinte y ocho de octubre del año de mil y seiscientos y treinta, siendo él de cuarenta y ocho de edad.

Purificóle primero nuestro Señor, para que su admirable paciencia fuese de todas maneras probada; y así le probó con excesivos dolores que le causó el mal de orina, que padeció muchos años, y rigor de la cura, que aunque era la que el mal pedia, con todo eso era tan dolorosa, que con tijeras le cortaban en aquel mismo lugar membranas y partes muy delicadas con grande dolor suyo; mas él lo sufría con espantosa paciencia, sin que se le oyese queja ni gemido, sino sólo alabar á Dios y darle gracias, cosa que á todos admiró; queriendo nuestro Señor con tantos dolores labrarle á él más preciosa coro-

na, y á los demas religiosos darlos ejemplo, y poner ánimo para sufrir dolores y trabajos, como nos le da el considerar lo que pasaron los santos, especialmente el santo Job; porque en la plaga de este bendito Hermano, no sólo se sacaba y limpiaba la materia que corria, sino la que estaba en lo más interior del cuerpo; ni raian las llagas con teja, sino cortaban la carne con navajas y otros penosos instrumentos; y siempre el H. Francisco estaba de un mismo semblante, bendiciendo al Señor.

Fué muy sentida su muerte, no sólo de los cristianos, sino de los mismos gentiles, que respetaban al H. Francisco como á hombre santísimo.

Hiciéronle en la iglesia de Santa Cruz en dos dias honras, trayendo cantores y levantándole su túmulo con muchas candelas y buena ofrenda, excediendo áun en esto los gentiles á muchos cristianos antiguos.

Sacóse la relacion de esta vida de las Anuas de las Filipinas, y la escribió el P. Juan Bueras, Provincial de aquellas islas.

P. NIEREMBERG.

P. DIEGO DE SAURA

I

LA rara perfeccion de vida del P. Diego de Saura, sus heróicas virtudes, su altísima contemplacion y las extraordinarias visitaciones que tuvo del cielo, merecieron que, como Sta. Brígida, Sta. Ángela de Fulgino, Santa Gertrudis, Sta. Hildegardis y Sta. Teresa de Jesus, ó inspiradas de Dios, ú obligadas por obediencia, escribieron sus vidas y los favores celestiales y divinas revelaciones que tuvieron; así tambien los Superiores obligasen á este siervo de Dios que diese por escrito los beneficios divinos que en su vida recibió, lo cual él hizo con gran humildad, llaneza y verdad; y así se sacará parte de su vida de lo que él escribió forzado de la obediencia.

Nació este bendito Padre en la isla de Menorca, á los principios de mayo del año de mil y quinientos y noventa y ocho.

Sus padres se llamaron Pedro de Saura é Isabel Vella, personas de cuenta en aquella tierra y de gran cristiandad.

Llamáronle en el bautismo Bartolomé; pero habiendo caido en su tierna edad en una enfermedad muy peligrosa, le encomendaron al glorioso S. Diego de Alcalá, que le alcanzó salud, y, reconociendo haberla recibido por su medio, desde entónces le pusieron su nombre, tomando el Santo al niño debajo su tutela y amparo. Pues corriendo despues una enfermedad de viruelas de que pocos de su edad se escapaban, y habiéndole á él dado con tanto rigor que ningun miembro de su cuerpo podia menear, si no es la cabeza; acudieron sus padres á los religiosos de S. Francisco, y pidiéndoles le aplicasen la reliquia del Santo, y habiéndolo hecho, reconoció tanta mejoría, que al punto meneó los brazos, pudiendo usar de ellos, hasta que gozó en breve de perfecta sanidad.

De esto, como de cosa milagrosa se hizo fe pública delante de escribano, bañando aquel dia Dios su alma con tan singular consuelo, que le tenia muy grande toda la vida, siempre que se acordaba de aqueste favor y regalo.

Enseñáronle sus padres la devocion con la Santísima Vírgen, y él la tomó tan de veras, que todo era pensar en esta divina Señora, y procuró ser instrumento de que otros se hiciesen devotos suyos. Rezábala todos los dias su rosario; el modo diré por su mismas palabras, que son estas:

«Eran mis meditaciones en Cristo nuestro Señor y su Santísima Madre, representándomelos así delante, como si realmente los viese; y postrado á sus pies, rezaba mi rosario con tanta paz y sosiego, sin divertirme un punto, tratando y hablando con Sus Majestades, como si realmente estuviesen presentes, y sintiendo los afectos de amor, deseo de servirles y de dulzura que en otros papeles escribí.»

«Otro modo tuve despues de oracion en el mismo rezo del rosario, en que tanto me embebecia en lo que miraba ó contemplaba, que con dificultad le podia rezar, y fué de esta manera: Luego que comenzaba el rosario, sin trabajo ni cansancio de cabeza, sino con mucha facilidad, se me representaba que subia al mismo cielo, y entrando en aquella corte de la gloria con grande contento, salíanme á recibir los santos niños con mucho gozo y muestras de alegría de verme por allí. Lo mismo hacian pasando yo adelante los santos ángeles de una y otra parte; tambien las vírgenes y santos mártires; y así como iban pasando, todos los demas santos hacian lo mismo con extrañas muestras de alegría, como dándome el parabien; pero yo nada me detenía: todas mis ansias eran de llegar á la Vírgen, y ponerme á sus pies, donde puesto, como perrillo que no sabia hablar, gozoso delante de tal Señora, le pedía que ella pidiese al Señor por mí; y así me estaba sin pensamiento de la tierra, que no habia de entrar allá, todo inflamado en el Señor. Duraba largo tiempo, por lo ménos siempre hora, etc.»